

Los ojos vendados

Ricardo Tejada



La guerra fría cultural y el exilio republicano español

Olga Glondys

Madrid, CSIC, 2012, 369 pp.

«El testimonio del destierro republicano –que es un pueblo errante– está destinado a diluirse en la polvareda de los caminos. Solo el restablecimiento a tiempo de un clima de libertad en España pondría las cosas en su lugar, separando de entre la paja vana de la política, el grano sustancioso de la verdad histórica». Esto lo afirmaba en 1956, precisamente en las páginas de los *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, Fernando Valera, el que fuera diputado de la II República por el partido Unión Republicana, y que, en aquel entonces era ministro del Gobierno republicano en el exilio, más tarde, en 1971, jefe de Gobierno¹. Como sabemos, la libertad no fue restablecida a tiempo sino más bien a destiempo y los pocos estudiosos e investigadores que des-

de hace casi cuarenta años tratan, y tratamos, de poner las cosas en su lugar para sacar de todos los silencios y mentiras «el grano sustancioso de la verdad histórica» o lo que más pueda parecerse a él, nos asemejamos mucho a unos arqueólogos concienzudos que intentasen meter en bolsas el polvo del aire o descubrir cuentas microscópicas de collares en un gran lodazal (pues, en bastantes aspectos, ha llovido mucho desde esa polvareda), mientras que otros, bien situados en la actual España oficial, la España establecida, ayudados de rastrillos, se empeñan desde hace tiempo en desperdigar todo ese polvo restante para que solo aparezca un solo camino, unidireccional, glorioso, de nuestra historia política e intelectual. Para estos autores, más dados al ejercicio li-

terario de hilar buenas narraciones, a partir de unas pocas cartas y documentos, que al estudio riguroso de las fuentes, lo que se trata es, en definitiva, de subestimar, ningunear y, en algunos casos, despreciar el legado del exilio republicano, curiosamente mucho más vivo, hoy en día, que no pocos autores del anacrónico y excéntrico franquismo. A mí se me antoja que si a un joven de hoy en día le dijésemos que la genealogía política de la democracia actual proviene de una supuesta resistencia silenciosa, hecha por ratones de biblioteca, instalados en sus poltronas, sean de academias o de lo que fuese, o más concretamente de un «Goebbels español», reconvertido en socialdemócrata, después de más de veinte años de ser un fascista, por muy lúcido y honrado que se le presente y haya sido seguramente en verdad, se llevaría las manos a la cabeza y se afirmarían en su deseo de una pronta III República.

Y es que ¿se imaginan que alguien que trabajase en la historia cultural de la Alemania nazi dijese a sus colegas investigadores del exilio alemán que les gusta ser victimistas? ¿Se imaginan que en tal país, un periódico todavía importante, de pasado prestigio nacional e internacional, impidiese la publicación de opiniones discordantes con respecto a semejante descalificación absolutamente subjetiva y gratuita? Podríamos hablar también de las subvenciones que recibe el Valle de los Caídos y la Fundación Franco, de las pseudobiografías que hace la Academia de la Historia o de tantas cosas más, algo en lo que no quisiera

extenderme para no cansar al lector, que tiene seguramente, en estos momentos, sobrados motivos de indignación y de rebeldía tanto moral como política. En este país, que para algunos bien situados es todavía el mejor de las países posibles, lo anormal se hace pasar por normal, lo impresentable como presentable, un mунdo al revés, todo con la excusa de la Transición, del consabido consenso y del dichoso término de Guerra Civil, como si, como mínimo, la mitad de la población hubiese votado a Franco de forma reiterada durante cuarenta años. ¿Se preguntó, en 1945, a los antiguos votantes del NSDAP, esos sí que mayoritarios y constatables, al menos antes del 33, si estaban de acuerdo con la destrucción de monumentos nazis, con la depuración, por muy leve que fuese ésta? Naturalmente no. Por el contrario, en este país, cualquier paso tímido que se haga en favor de recuperar miligramos de dignidad, de memoria, de justicia, de verdad histórica, pertenezcan a la II República, a la Guerra Civil, a la lucha antifranquista o al exilio, parece que tiene siempre que pedir autorización a esa supuesta e hipotética mayoría o casi mayoría de votantes invisibles del franquismo, de sus hijos, nietos y biznietos, que como cuervos espectrales rondan y sobrevuelan, todavía hoy en día, nuestras vidas, convocados muchas veces por abogados del diablo, que lo son sin saberlo. Triste constatación.

Vayamos al grano del que hablabamos. El libro de Olga Glondys, muy al contrario que estos acompañantes de cuervos, va en la dirección

adecuada. Va en la dirección adecuada porque sencillamente no solo lo intenta, sino que de veras se acerca a esa «verdad histórica», antes mencionada, que tantas veces se desliza de las manos por prejuicios, lugares comunes o intereses partidistas. No me avergüenzo de decir «verdad histórica», por mucha filosofía de la sospecha que haya habido (que nos ha permitido, de un modo o de otro pensar más lúcidamente), por mucha escuela de los *Annales* de la que hayamos bebido con profusión, por mucho relativismo histórico que nos pueda seducir. Acercarse a la verdad histórica –subrayo lo de histórica– es, como lo han dicho Angel Viñas, en una excelente reseña, y Carlos María Bru, en una nota aclaratoria del todo necesaria, es ir a las fuentes documentales, en toda su variedad, indagar lo que hay detrás de los hechos, enjuiciar con ponderación, desde varios puntos de vista, los fenómenos históricos, y utilizar buenos paradigmas contrastados que no distorsionen la realidad.

Olga Glondys ha desentrañado la génesis de la sección hispánica, por así decirlo, del «Congreso por la Libertad de la Cultura», ha mostrado hasta qué punto el núcleo del Congreso (Madañaga, Gorkín, Iglesias y Araquistáin) no tenía necesidad de ser convencido por nadie para ser declaradamente antiestalinista y antisoviético. Razones las tenían, ideológicas, filosóficas y, casi siempre, en el fondo, de orden biográfico, personal, todas labradas en ese matraz dramático que fue la Guerra Civil, algo que les diferencia

en ciertos aspectos, a mi modo de ver, de cierto anticomunismo de salón que podía florecer en la Europa en reconstrucción. Ciertamente, está cuajado de no poca retórica, bastante aburrida y reiterativa (prueben a leer varios artículos de trotskistas o de extrotskistas sobre Stalin o sobre su sistema burocrático), pero sus análisis no suenan a hueco, están impregnados de sus experiencias propias, como militantes, como luchadores, como revolucionarios y, además, están reforzados con no poca capacidad dialéctica y argumentativa que un discurso como el marxista podía proporcionar con creces. En este sentido no fueron manipulados por nadie. Es lógico (pienso, en especial, en los que estuvieron en el POUM: los antes citados Gorkín, Iglesias, Alba y Maurín) que uno no tenga nada de simpatía por un país, la URSS, y una ideología detrás de ella, que organiza atentados contra la propia integridad personal de uno mismo o desmantela el partido político en el que uno está. También es cierto que los conversos que entraron en la Inquisición fueron los más desatadamente antisemitas y este «anti» pesa en su discurso, un tanto monotemático, casi obsesivo, poco o nada nutrido por la filosofía (compárese lo que hizo Claude Lefort, antiguo trotskista también, en su crítica del totalitarismo soviético, él que fue discípulo de Merleau-Ponty, y lo que hicieron nuestros aguerridos poumistas en sus artículos y libros. Por cierto, Iglesias fue, décadas después de la aventura del Congreso, un lector que profesó mucha admiración por Lefort).

La autora señala con razón lo certero y ajustado que era, por parte de los miembros del Congreso, afirmar, y denunciar, la existencia de numerosos campos de concentración en la Unión Soviética, bajo el yugo de Stalin, y la eliminación sistemática de millones de personas, esos hombres «de más» para el régimen, enemigos que generaba el propio sistema (como la «anti-España» en el primer franquismo) que le hicieron ver a Lefort que estábamos ante un totalitarismo, cierto, distinto del nazi. Tal vez, Olga hubiera podido mencionar y explicar brevemente los diferentes procesos, en Francia, en los que se ventila el «sistema concentracionario» a la luz pública y que son decisivos en el desencanto de bastantes comunistas de buena fe y que abren los ojos de las mentes más despiertas de la época, por ejemplo la de Edgar Morin: el proceso de Kravchenko, en 1944, el de Lazlo Rajk, en 1949, y el de David Rousset, al año siguiente.

Pero, al mismo tiempo, Olga muestra los claroscuros de un «centralismo democrático», que está detrás, de manera discreta, como en filigrana, de las decisiones globales de la revista, haciendo de los redactores unos pájaros libres, algo ingenuos, en una jaula cuyas rejas no se ven, por lejanas que están, pero que existen, a mi modo de ver. Anotaría dos observaciones al respecto. Primera: ¡Qué ironía, que los propios jerifaltes máximos del Congreso utilicen el término de «centralismo democrático» que es precisamente el que utilizaba y también aplicaba al pie de la letra los

partidos comunistas de entonces y de no tan hace poco! Es como si hubiese un juego ahí de espejos, en los que la democracia, en un lado del Telón de Acero fuese una tapadera del más descarnado y cruel autoritarismo y en el de aquí fuese invocada en falso, con medias verdades y con bastante oportunismo y ocultación. Pero, una vez más, Olga es prudente y reitera que no se vendieron al mejor postor, que muchos escribían en la revista de buena fe. Claro, pero también, teniendo en cuenta la situación delicada de los exiliados en el extranjero (impedimentos para el trabajo, universidades casi vedadas a ellos, etc.) no amargaba a nadie una perita en dulce. No todos los exiliados podían vivir de una revista. Que se lo digan a los anarquistas de *Cénit* o a los de la *Soli*, en donde también, por cierto, había soflamas antisoviéticas, de otro tipo.

Segunda Observación. Ese centralismo democrático es también un centralismo entre naciones. Es sintomático que los grandes especialistas del Congreso en el extranjero, por ejemplo Pierre Grémion, apenas hablen de la revista en lengua española. Y es una lástima porque los *Cuadernos*, si los comparamos, por ejemplo, con los primeros ejemplares de *Preuves*, están mucho mejor maquetados y presentados e incluso con contenidos a veces más interesantes. Es sintomático saber quién cortaba el bacalao ahí: ni Madariaga (no comprendió lo de honorífico que le impusieron y que conllevaba que se callase de vez en cuando), ni Iglesias, ni menos Gorkín,

cuyo ego, un tanto inflado, se ve bien que es objeto de la ironía de la autora. Los que cortaban el bacalao eran Jay Lovestone, Bertram D. Wolfe, Michael Josselson y François Bondy, en menor medida. Luego iban los exiliados españoles que participaban en la revista y, por último, en la cola del tren, los iberoamericanos. La jerarquía por países es estremecedora y no deja de recordar, tristemente, las jerarquías nacionales que hay hoy en el seno de la Unión Europea, como si a menor peso de un país en el cuadrilátero internacional se correspondiese en el trato mayor paternalismo, mayor ninguneo y más palmaditas en la espalda.

Olga no se queda aquí sino que, además de mostrar el poco peso de las temáticas latinoamericanas en la revista, cuando en principio estaba destinada sobre todo a esas poblaciones, subraya lo desconectado que estaba el equipo de la redacción de las verdaderas preocupaciones de los americanos de habla española. Los esfuerzos, moderados, destinados a corregir estos errores fueron baldíos. Luego vendrían Castro, el Che y Salvador Allende y es que, como lo dijo anteriormente Albert Camus, hablando de Europa, pero que se podría aplicar con mucha más razón para Iberoamérica, lo que alimentaba el comunismo, y en general el marxismo, no era la manipulación de los Partidos Comunistas ni el KGB, sino la insoportable injusticia social que había en esos países.

Olga Glondys muestra que el Congreso fue muy crítico con los llamados «terceristas», los que no querían casarse ni con el bloque atlántico ni con

el Pacto de Varsovia. Muestra también que quiso atraérselos, por ejemplo a Benedetti y a Camus. Este último era respetado, pero no era considerado realmente del lado de la barricada «occidental», por lo menos hasta 1956 y ni siquiera entonces. El «tercerismo» era una amplia posición política, muy permeable y sin fronteras claras, en donde cabían todos los matices posibles. Nace con la declaración de noviembre de 1947, firmada por Camus y Sartre. Este último deja de estar en el estrecho filo de la navaja de la tercera vía a partir del 51-52, a raíz de la Guerra de Corea. Los del Congreso, obviamente, lo tratan ya, lógicamente, como compañero de fila de los comunistas, pero no lo era antes. Es más, durante la Segunda Guerra Mundial e incluso hasta 1947 fue bastante apolítico. Olga reconoce en una ocasión que «el sector intelectual más numeroso» pertenecía a la «tercera vía» y es que, en particular, en Francia, era muy amplio: David Rousset (hasta que se une a *Preuves*), Henry Frenay, Jean Cassou, desde que le consideran titista, Etienne Gilson, André Breton, Georges Bataille, que apoya a Camus en el 52 en su polémica con Sartre, el diario *Le Monde*, así como la revista *Esprit*, que agrupa a los católicos de izquierdas. El espectro es amplio. Incluso en el arte, pensemos, por ejemplo, en películas de Rossellini, *Era notte a Roma*, o en el *War Requiem* del compositor Britten. La *Revista Mexicana de Literatura*, mencionada por Olga, dirigida durante un tiempo por Carlos Fuentes, luego por Tomás Segovia, exiliado de la segunda generación, aunque la «talacha»

(el burro), como dijo éste, la hacía en verdad siempre el joven poeta, era una revista tercerista y no es casualidad que ahí Tomás escribiese tanto, y de manera tan preclara, sobre Camus, en defensa suya y criticando con agudeza y respeto a Sartre, en todos los frentes, estético, ético y político.

Hablar en este sentido del «gran impacto del CLC en las corrientes universales del pensamiento», me parece, pese a la talla indudable de un Jaspers, de un Rougemont, de un Croce o de un Aron, un tanto exagerado, teniendo en cuenta que ni el existencialismo ni la fenomenología, en todas sus variantes, ni, más tarde, el estructuralismo ni la Escuela de Frankfurt estuvieron en la misma línea teórica del CLC. El CLC pudo ser revelante en la política de la Guerra Fría, pero había una «intrahistoria» por así decirlo, que escapaba en buena medida a las garras de la Historia y por ella andaba la mayoría de la metafísica y de la filosofía occidental del momento.

Creo que Olga, tal vez por razones de espacio, tal vez por no ser su temática principal, deja de lado las razones de la «tercera vía» que era algo mucho más serio que una supuesta actitud angelical e irresponsable, tal y como lo veían los «congresistas», o una pretensión irrealizable de estar equidistante de ambos lados. Los del CLC se quedaban muchas veces, no siempre, con unas cuantas loas a la civilización occidental en un momento precisamente en que se producía la descolonización, en que Lévi-Strauss publicaba sus célebres *Tristes Trópi-*

cos, en que se procedía a una crítica y relativización de las conquistas de la susodicha civilización: violencia colonial, racismo, imperialismo, «exotización», como diría Edward Saïd. Se quedaban también con unas cuantas pinceladas radiantes sobre el progreso tecnológico en el momento en que, en palabras de Michel Serres, se ponía en marcha una tanatocracia, a base de bombas nucleares y napalm. Haber defendido o supuestamente defendido la democracia con bombas nucleares es, sigo creyendo desde mi antigua lucha contra los euromisiles, como predicar la caridad prestando dinero con intereses altos, es mancharse las manos irremediabilmente. Los del Congreso, algunos de ellos, no tenían escrúpulos a la hora de defender semejantes armas, lo cual pone la carne de gallina. El «tercerismo» se alimenta de una desconfianza respecto a la historia, con mayúscula, (Camus y, más tarde, Ferlosio, en otro sentido, son ejemplos egregios de este planteamiento), y de una visión de la democracia proyectiva, casi utópica, y nunca de una defensa del orden establecido. A mi modo de entender, esta tercera vía es el alma de la mayor parte de los anarquistas del exilio (admiradores, por cierto, de Camus) y de muchos otros exiliados, más de lo que el libro de Olga parece sugerir: socialistas como Max Aub o Arturo Barea, también Imaz, Corpus Barga, Larrea, etc. Se alimenta también de una visión planetaria, de una búsqueda de la «democracia internacional», como el combate de Garry Davis, apoyado por Camus, algo que un europeísmo

proamericano, en sentido alicorto del término, sobre todo eurocéntrico, no puede ni comprender ni apoyar.

María Zambrano colabora en los *Cuadernos* con la famosa «Carta sobre el exilio» pero, a mi modo de entender, es más tercerista de lo que parece. De entrada no se sitúa, política y estratégicamente hablando, ni en el bando de la SERE ni de la JARE. Es crítica con el comunismo desde *Horizontes del Liberalismo*, pero, por varias razones que sospecho, no es nada crítica, al menos durante la Guerra Civil, con la política llevada a cabo por Negrín. Su *Persona y democracia* se mantiene en ese estrecho filo tercerista. Y, sobre todo, sus coordenadas son metafísicas. La Guerra Fría es para muchos intelectuales algo muy decepcionante respecto a las esperanzas de la inmediata posguerra. No es que huyan de la política, sino que la política que les presentan, con declarado maniqueísmo estéril, es un pozo sin fondo de los peores cinismos e hipocresías. En el tercerismo se incubaba, también, a mi modo de entender, el nuevo izquierdismo de los 60, con su crítica a la sociedad de consumo, y no es una casualidad que en Francia, «Socialismo o Barbarie», fundado en el 49, nido también de trotskistas y excomunistas, como el Congreso, en el que estuvieron Lefort, Castoriadis, y, más tarde, los más jóvenes Lyotard y Guattari, fuese un vivero del izquierdismo sesentayochista, con el que, que yo sepa, no simpatizaron para nada nuestros valientes cruzados de los *Cuadernos*. Otros Cuadernos, los del *Ruedo Ibérico*, fueron más anarqui-

zantes y heterodoxos de lo que pensaron los del Congreso, que veían a menudo a un comunista detrás de cada árbol y tampoco es una casualidad que José Martínez, que venía en línea directa de la CNT terminase su trayectoria simpatizando con el ecologismo y la crítica del desarrollismo. Otro tercerista.

Tal vez aquí, Olga hubiera podido desarrollar más la cuestión del europeísmo, tratada no obstante, de soslayo, cuando habla del Congreso de Munich de 1962. Y es que el federalismo europeísta forma parte del credo político de Madariaga y de muchos miembros de los *Cuadernos* (así como de un federalismo aplicado al caso español), credo sólido y visionario, para esa época, pero ese federalismo europeo también tiene una versión tercerista. Me refiero, por ejemplo, a la «Sociedad Europea de Cultura», dirigida por Umberto Campagnolo, en la que estuvo por un tiempo Camus hasta que vio, en 1952, el tercerismo de ese grupo algo escorado hacia el bloque soviético,.

Último punto a tratar: el del famoso puente con la oposición liberal, más o menos tibia, del interior. Olga demuestra que el Congreso apoyó por medio de becas, y otro tipo de ayudas, a bastantes intelectuales del interior. Pensar que al mismo tiempo los EEUU apoyaban al régimen franquista, con bases militares y créditos fáciles, nos puede hacer pensar en una especie de «astucia de la razón»... norteamericana, pero seguramente los historiadores relativazarían estos planteamientos. Los del CLC los ayu-

daron y se dejaron ayudar. La ayuda fue en muchos aspectos positiva de cara a un ensanchamiento de las ideas democráticas en España, pero estaba condicionada a una marginación clara de los comunistas. Querían respirar y ayudar a una mejora política de nuestro país. Olga muestra bien que los prejuicios anticomunistas de los de Munich y el republicanismo de algunas personalidades señaladas como Llopiis fueron obstáculo para la Transición. En consecuencia, no piensa ella que el llamado «Contubernio» por los franquistas fuese una prefiguración de la Transición, como Preston así lo piensa. En estos dos puntos está clara la distancia que media entre 1962 y 1977. No obstante, esta ideología del fin de las ideologías en la que se prima el consenso y se favorece el acercamiento cada vez mayor de la socialdemocracia y de la democracia cristiana (hoy estamos asistiendo a su identificación casi total, por lo menos, en política económica) impregna, me parece, tanto el espíritu de Munich como el de la Transición, este espíritu «Pop», como diría Cueto, «pre-pos-moderno», si se me permite la palabreja. Gauchet ha señalado recientemente que la aparición, en los sesenta, de políticas comunes en pro del crecimiento, convertido en el grial que resolverá supuestamente todo, incluidas las desigualdades sociales, contribuirá mucho a limar, efectivamente, no solo en el ámbito de las ideas, las diferencias entre unas políticas de derecha cada vez más hacia el centro y unas políticas de izquierda magnetizadas por el mismo eje central.

El exilio quedaba así marginado por la historia, sentencia Olga. Sí, en cierto sentido, solo en cierto sentido. Dos precisiones, el exilio político, politizado, es el que quedaba arrinconado, desactivado, no el exilio artístico, filosófico, ensayístico. Las prohibiciones y marginaciones de todo partido político que levantase la bandera republicana, durante la Transición, puso la puntilla. Pensemos en la aventura republicana de Bergamín y en lo que quedó de ella. Este es el inicio, en un aspecto muy preciso, de la CT (la Cultura de la Transición): de un espacio en el que no se puede hablar de ciertas cosas, en el que no se puede plantear, de entrada, la cuestión republicana. Lo que entonces no supuso mucho sacrificio aceptarlo, se ve ahora como insoportable.

Segunda precisión. Y esto creo que es uno de los pocos reproches que haría a Olga Glondys. El libro deja traslucir (probablemente de manera no del todo consciente) un desliz metonímico, lo llamaría yo. Toma a veces la parte como si fuera el todo. El título del libro es, por cierto, lo que menos agrada. ¿Por qué hablar de «el exilio republicano» (subrayado nuestro) como si la revista tratada fuese la única revista del exilio o la representante de todas ellas, como si los miembros españoles del Congreso fuesen «el exilio», cuando eran unos «heterodoxos» del exilio, como los llama más tarde Olga? La fluctuación en la primera parte del libro entre el todo y la parte es significativa: «la implicación de un grupo de exiliados republicanos» (p.23), pero luego se lee «Al revés que los exiliados españoles,

que ocupaban los principales cargos en Cuadernos» (p.91) o «el que los exiliados españoles fueran elegidos para responsabilizarse en exclusiva de la revista» (p.93). Seguramente, hay algo de equivocación en mi lectura de los artículos definidos, pero el título y el malentendido que creo que genera contribuye, en propios y extraños, en prologadores y reseñadores «filípicos», a que se reafirmen en una subestimación del para ellos «anacrónico» exilio, pero el exilio vence el destiempo de nuestra democracia, y su anacronismo respecto al anacronismo franquista se vuelve universalismo para sus lectores contemporáneos. Y es que una cosa son las cosas de la historia, que los historiadores historian, y otra cosa las cosas de las ideas, de la verdad, de la belleza, que a los historiadores de ellas nos resulta imposible historiarlas enteramente pues rebasan su época. Acaso la cuestión del anticomunismo, que es uno de los propósitos legítimos de esta obra excelente de Olga, nos haga olvidar, sin que sea su propósito, el contenido variado de la revista *Cuadernos*, la multiplicidad extraordinaria del exilio republicano, la prosa magnífica de un Américo Castro, de un Sender, de una Zambrano, de un Ayala o de un Ferrater Mora, sus propuestas conceptuales todavía hoy en día dignas de interés, prosa labrada con el sudor del exilio; tal vez, nos hagan dejar de lado esas ideas tuyas, de tan libre estir-

pe, que nos vienen directamente del hontanar republicano (no como esas que escribieron entre líneas, en tiempos de tiranía, como diría Leo Strauss, aunque con no poca prudencia y sutileza los Aranguren o los Tierno Galván), ideas las de los exiliados que nos dicen tanto hoy en día, que no están muertas y que saltan por encima de la Guerra Fría a nuestro presente. Cualquier línea extraordinaria de un ensayo de Bergamín nos hace olvidar, todavía hoy en día, sus loas puntuales al Ejército Rojo en *El Pasajero*. Casi lo mismo se puede decir de un Neruda, como la autora critica con razón a los congresistas monomaniacos. El exilio no murió en la historia ni en la Guerra Fría. Sigue viviendo su grano fecundo, aunque algunos lo quieran sistemáticamente aplastar.

Olga Glondys nos permite comprender mejor un aspecto fundamental de un sector del exilio, con tesón, ponderación y riqueza de matices en un libro que será referencia inexcusable en bastantes cosas y fuente permanente de reflexión para muchos.

NOTAS

1. n°18, mayo-junio 1956, p. 92.